

CRISIS, CAMBIO Y VISIÓN DE FUTURO

TERESA PACHECO-MÉNDEZ

Toda crisis social conlleva una pérdida inmediata y generalizada del sentido de equilibrio y de bienestar individual y colectivo; casi de manera inmediata, la sensación de estabilidad cede terreno a la sensación de ausencia, de confusión y de incertidumbre: “las crisis son concentrados explosivos e inestables, ricos en fenómenos evolutivos involutivos...” (Morin, 1968, p. 5). Las crisis son un terreno fértil para la propagación de la contradicción, del sinsentido, y de toda actuación motivada por intereses históricamente fraccionados, los mismos que han normado la dinámica de la vida social en lo económico, político, cultural, educativo, y en la salud.

Las crisis irrumpen en la sociedad poniendo a la luz, y bajo la lupa, el saldo al momento de las conquistas, las pérdidas y fracasos, las consistencias y escepticismos, las transparencias e imprecisiones. Todos ellos son recursos de los que dependerá la destreza o dificultad para hacer de la crisis —y del inminente cambio que ella impone— una oportunidad de presente-futuro o, por el contrario, un tropiezo del más alto coste social e histórico.

La crisis es un revelador significativo de realidades latentes y subterráneas, invisibles en los llamados tiempos normales... la crisis une en sí misma, de manera turbia, inquietante, repulsiva y atractiva, el carácter accidental (contingente, basado en eventos), el carácter de necesidad (mediante la implementación de las realidades más profundas, las menos conscientes, las más determinantes) y la naturaleza conflictiva (Morin, 1968, p. 5).

Si bien la nueva enfermedad causada por el SARS-CoV-2 se encuentra en el origen de la actual crisis global, ésta extiende sus efectos —como la evidencia del día a día lo demuestra— más allá del ámbito sanitario, y produce profundas alteraciones en todos los niveles de funcionamiento de la vida social. Sin embargo, y aunque resulte difícil de pensar y entender, las crisis —tal y como son incluso formuladas en el terreno psicosocial— representan un punto de inflexión en el desarrollo —con las mismas probabilidades de éxito o fracaso— siempre actuando como un estímulo para la evolución. González de Rivera (2001) lo expresa del siguiente modo:

[la crisis es] una condición inestable, que se presenta en el curso de un proceso, y cuya resolución condiciona y modula la continuidad del mismo. La crisis implica la inevitabilidad de una transformación... la crisis puede marcar el empeoramiento o la destrucción del proceso, pero también su fortalecimiento y optimización (p. 36).

En el nivel que se quiera pensar, las crisis plantean la necesidad urgente e inaplazable de enfrentar el cambio y reformular, desde el inminente presente, los nuevos escenarios de futuro. Circunstancias éstas donde es la experiencia social previamente adquirida la que es puesta en juego. Esto significa que será la existencia o no de un aprendizaje sólidamente incorporado a la vida social lo que permita que cualquier crisis pueda verse o no amortiguada y solventada.

Es gracias a hábitos apprehendidos de previsión y planeación que las crisis logran desembocar en escenarios socialmente favorables; cuando, por el contrario, en ausencia de tales aprendizajes, la visión de futuro pasa a ocupar un lugar secundario en el orden de las prioridades sociales, se abre paso a la improvisación y a la toma precipitada de decisiones que, tarde o temprano, se convertirán en obstáculos insuperables. En este sentido y coincidiendo con Morin (1968, p. 12), en la medida que la ambigüedad y la oscuridad de una crisis aumenta —sin antes haberse detenido a diagnosticar cuál es el estado previo por el que ha atravesado una sociedad— ello sólo augurará una crisis aún más profunda, impredecible en su alcance y efectos.

Nada puede asegurar que la capacidad de gestionar lo aprendido y de construir las bases para aprender de la crisis actual —impulsada por el SARS-CoV-2— dé lugar en lapsos cortos a cambios sustantivos de conductas sociales y de redirección del desarrollo social. En su lugar, la resistencia al cambio, la renuencia a romper con el deseo de la vuelta a “normalidad”, y la cada vez más presente sensación de riesgo, son factores que irán agrandando las asimetrías existentes entre la conciencia del cambio y la oportunidad para su asimilación. Este *handicap* de sentido es enfrentado por Innerarity (2020) al advertir que:

...el alegre determinismo con el que se asegura que las crisis son oportunidades se contradice con el hecho de que los aprendizajes que hacemos son exasperadamente lentos y desde luego no están a la altura ni se realizan con la profundidad que requerirían los graves problemas que las crisis de este siglo han ido revelando acerca de la naturaleza de nuestra sociedad.

Sea la crisis de la naturaleza que fuere —ecológica, desastre natural, bélica, epidemiológica, etc.— las posibilidades de optar por un escenario de futuro respaldado en la previsión y la planeación o, bien por otro de coyuntura e inmediatez, dependerán tanto de las decisiones históricamente toma-

das y asumidas en lo individual, lo interpersonal, de grupo y comunitario, como de los respectivos contextos de pertenencia de la acción social que a cada plano corresponda. El cruce de ambas propiedades abre la posibilidad práctica de contar con una ruta de gestión y compromiso social que se despliega con claridad en tres direcciones: en la diversidad de campos de competencia e intervención; en sus respectivas lógicas y racionalidades, y en sus correspondientes escenarios de futuro.

Este modo de administrar la crisis en medio de la heterogeneidad (cultural, histórica y socioeconómica) que define a cada una de las sociedades, tenderá a instaurarse —a muy distintos ritmos y con muy diversos logros— como la nueva fórmula de regulación de la vida social, como una nueva práctica de acción social volcada a regir la relación de y entre los individuos con la estructura de la sociedad. Entre los principales y más inmediatos desafíos se perfilan, primero, la aceptación de la pérdida que conlleva todo cambio y, segundo, el enfrentar la dificultad actual para aprender en, de y para las nuevas circunstancias. Se trata de retos de aprendizaje que exigen ante todo la ruptura con las habituales formas de entender el mundo y la suficiente apertura para construir, gestionar y dar sentido a las condiciones actuales:

La situación de crisis, al romper el flujo continuo de la existencia, fuerza un replanteamiento vital, obligando, a veces, a la construcción de un nuevo sentido... [Se trata de] una experiencia puntual que fuerza al individuo a reconsiderar en un plazo breve de tiempo el sentido de su vida. De ahí el riesgo y la potencialidad creativa de las crisis (González de Rivera, 2001, p. 36).

La trascendencia y profundidad de la crisis originada por el SARS-CoV-2 en la educación, en la salud, en la producción cultural, en la economía, así como en todos los rubros de la vida social, trastoca de manera diferencial a cada sector. Ello obedece tanto a las condiciones estructurales de avance vs. rezago existentes, como a los recursos disponibles previos a la irrupción de la crisis. La capacidad de respuesta sectorizada requiere de decisiones ya no coyunturales ni improvisadas, sino más bien estructurantes y orientadas a la decidida reconversión de los mecanismos de funcionamiento prevalecientes con anterioridad. Una tarea caracterizada por una claridad de conciencia sobre dos condiciones: por un lado, el rendimiento habitual de los tradicionales recursos disponibles y, por otro, la trascendencia de la exigencia de cambio que plantea la actual situación de crisis. Lograr conducirse en este sentido será posible gracias a la capacidad de aprendizaje acumulada y a las aptitudes socialmente incorporadas para la reorganización, ampliación y transformación de lo estructuralmente necesario para dar respuestas en el corto y mediano plazos.

Tal y como se suceden, se enfrentan y se gestionan las crisis en los individuos, y éstas también son experimentadas —favorablemente o no— por

el conjunto de la sociedad a modo de hondas rupturas que operan alterando la continuidad de la vida cotidiana. Administrar la crisis contempla al menos cuatro etapas: la primera consiste en la renuncia al estado anterior, un proceso equivalente al de duelo, porque no es posible empezar nada nuevo mientras se siga aferrado a lo viejo y a las anteriores aspiraciones de futuro. La segunda radica en el reconocimiento de la inseguridad como un estado natural, en el que se puede aprender y en el que es posible y hasta interesante vivir. La tercera se sitúa en el terreno del descubrimiento y estructuración de la nueva realidad. La cuarta abarca la integración de las nuevas estructuras en un proceso de continuidad de la vivencia que permite aprovechar y dotar de sentido a las experiencias pasadas. (González de Rivera, 2001, p. 46) El tránsito por estas etapas requiere, sin duda, de una consciente evaluación de las condiciones de posibilidad y de rezago prevalecientes, posición que permitirá dilucidar el alcance y trascendencia de las acciones, así como de los cambios por emprender.

Sin importar la magnitud de las capacidades y aprendizajes previamente adquiridos, ni las experiencias esgrimidas en anteriores crisis sociales, su efectividad en el grado de resolución de problemas en la situación actual robustece, en la trayectoria histórica de la sociedad, todo aquello que estructuralmente se vaya logrando a lo largo de este proceso de renovación. Trátese o no de diferencias de desarrollo entre sociedades, de políticas públicas probadamente ineficientes, y de inercias culturales fragmentarias, lo relevante hoy en día es el decidido despliegue de los recursos disponibles, y la determinación con la que se enfrente —en los distintos niveles de competencia social— la inminente tarea avanzar hacia el cambio de escenarios y la construcción de nuevos marcos de referencia para la vida social.

En suma, la reflexión que con urgencia se nos presenta hoy en día se centra en las siguientes interrogantes: ¿Qué tenemos?, ¿qué podemos? y, ¿con qué capacidad organizativa y operativa contamos como sociedad para dar sentido, en el corto y mediano plazo, a la configuración de un nuevo futuro?

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- González de Rivera y Revuelta, José Luis (2001), "Psicoterapia de la crisis". *Revista de la Asociación Española de Neuropsiquiatría* 21 (79) pp. 35-53. <http://scielo.isciii.es/pdf/neuropsiq/n79/n79a04.pdf>
- Innerarity, Daniel (2020), "Aprender de la crisis". Periódico *La Vanguardia*. 03/04/2020 / <https://www.lavanguardia.com/opinion/20200403/48278736978/aprender-de-la-crisis.html>
- Morin Edgar (1968), "Pour une sociologie de la crise ». *Communications*. (12) Mai 1968. La prise de la parole. pp. 2-16. Doi : <https://doi.org/10.3406/comm.1968.1168>.
https://www.persee.fr/doc/comm_0588-8018_1968_num_12_1_1168